

3 de Octubre

August



## Capítulo 1

Diez minutos atrás, el bus había abandonado la carretera principal y pavimentada para tomar aquella ruta alterna llena de baches. El sopor del medio día hacía cabecear a todos los presos, incluido el chófer.

Miguel, recostado contra el espaldar, juagado en sudor y con las rodillas apoyadas en el puesto de delante, miraba por la ventana al valle extendiéndose en el horizonte. A lo lejos alcanzaba a observar cabañas, plantaciones y montañas. De pronto se imaginaba con los trabajadores de allá labrando la tierra, o con aquellos terratenientes vigilantes a caballo recorriendo las haciendas. Pero, sobre todo, se imaginaba libre. Por más vueltas dadas al asunto seguía sin encontrar explicación alguna sobre lo sucedido. ¿Y cómo estarían sus padres en estos momentos? Fue entonces cuando el bus dio una fuerte sacudida y Miguel volvió a la realidad.

Un hombre de nariz larga, cabello corto y ancha espalda quien lo había estado mirando sin el muchacho darse cuenta, se levantó para ir a su lado, recorriendo el pequeño tramo un poco encorvado, pues su metro con noventa así lo exigía.

— ¿Por qué tan pensativo, chaval? —le preguntó con voz ronca.

Miguel lo quiso ignorar, pero él no era así, no había sido educado de esa manera.

— ¿Por qué será? —le respondió tratando de no ser descortés, pero sin demostrar interés alguno por entablar conversación. El hombre pegó un pequeño silbido y tamborileó los dedos sobre su rodilla, luego, le extendió la mano.

—Ramón —se presentó.

—Miguel.

—Venga, tranquilízate ya, esta es la tercera vez que voy para ese hueco de mierda con esa gente de mierda y siempre salgo rápido, no te preocupes. El asunto allí es de saber llevar las cosas y tratar de no meterse con nadie. ¿Cuántos años tienes?

—Diez y ocho.

Otro silbido.

—Y cuántos de condena.

—Seis.

Al notar que no se podía hacer más con el muchacho, el hombre comenzó a cantar por lo bajo.

Miguel, arrullándose sin saber por qué, si por el sopor, por la canción, o por ambas, fue quedándose dormido.

\*\*\*

—Llegamos, muchacho —le despertó Ramón un par de horas después.

Cuando Miguel notó el aire más fresco, porque las inmensas alboradas nacidas en ambos lados de la carretera así lo tornaban, los guardias acompañantes; uno alto y robusto de bigote corto, el otro de igual estatura, aunque flaco con cara de basset hound aburrido, les dieron la orden de bajar.

Guiados por el primero, los nuevos convictos atravesaron la carretera mientras el bus emprendía nuevamente su marcha.

Se encontraron entonces con una mansión rodeada por un variopinto jardín adornado con fuentes de agua. Cualquiera persona que por allí pasara rumbo a otra ciudad, no se imaginaba lo que este alegre cuadro escondía detrás.

—Siempre quise conocer una de estas... —dijo Miguel, admirando la casa.

Sus ojos iban de las amplias ventanas cubiertas con cortinas de seda hasta las puertas central y laterales, pasando por los angostos balcones en los cuales se divisaban pequeños juegos de muebles.

— ¿Cómo harán? —preguntó Miguel absorbiendo de nuevo tal pomposidad.

— ¿Cómo harán qué? —inquirió un Ramón algo sorprendido, pues ahora era el muchacho quien quería entablar conversación.

—Tener y mantener todo esto a pesar de lo sucedido con la economía del mundo.

Ramón pareció reflexionar.

—Mira, hay negocios que, sin importar que el mundo se vaya a la bancarrota como se fue el año pasado, siempre te mantienen a flote, y el tipo que vas a conocer, el director del Agujero, tiene algunos de ellos, además, se mueve en la política.

— ¿Agujero?

—Sí, Agujero, así le decimos a la cárcel y, esto, muchacho, esa mansión, es Casa Grande.

Miguel pudo advertir a los demás convictos tan absortos como él, tratando de no reparar en ninguno, pues con Ramón era suficiente.

De pronto la puerta central de Casa Grande se abrió dando paso a un hombre de estatura mediana y rostro severo. Sus ojos grises ampliados por las gafas eran duros. Llevaba un pañuelo blanco en el bolsillo de su camisa, pantalones negros y zapatos a juego. A pesar de su bastón, caminaba con seguridad, acercándose a ellos con altanería. Los dientes que, al sonreír mostró, sugerían un desayuno diario a base de dos cigarrillos y una taza de café.

— ¡Buenas tardes! —saludó.

Su voz y cordialidad eran como una carcajada impostada.

— Mi nombre es Gonzalo Dávila, director de la penitenciaría a la cual han sido asignados y reclusos en el día de hoy.

Al notar que nadie movía ni siquiera un dedo, continuó.

—He venido para darles la bienvenida a la que será su nuevo hogar. Las reglas de convivencia las irán conociendo con el pasar de los días, pero en este momento podemos resumirlas en dos.

Gonzalo miraba a los nuevos reclusos como si un señor estuviera contemplando sus nuevos esclavos.

—La primera, respetar a las autoridades y compañeros. Aquí no aceptamos pleitos entre convictos ni revelación contra la autoridad. En cualquiera de los dos casos, llevan ustedes las de perder, así que mejor mantener un ambiente de paz, armonía y, sobre todo, muy laborioso, pues no aceptamos la holgazanería.

Cada frase era lanzada como si leyera una pena de muerte.

—Eso me lleva a la segunda regla, puesto que ustedes no llegaron aquí para ver pasar los días durmiendo y comiendo así sin más, aquí llegaron a trabajar, y a trabajar duro. Más adelante conocerán las Secciones en las cuales se pueden desempeñar, pero lo importante es que, sin importar a cuál Sección sean asignados, desde cada una podrán servir a esa sociedad de allá afuera contra la que atentaron ¿Hay recompensa? Sí, pues si su desempeño laboral es favorable podrán disminuir días, semanas, meses, o incluso años de condena. —hizo una pausa—. Me asombra el saber que la mayoría de ustedes son muy jóvenes, muchos no llegan ni a los treinta. Espero se encuentren aquí por haber cometido delitos menores y que su estadía les sirva para reflexionar y cambiar el rumbo de sus vidas.

Mientras Gonzalo daba su discurso, por la puerta central de Casa Grande había salido un hombre de cabello platinado y traje oscuro, había atravesado el jardín y, al llegar donde el director, cruzó un par de palabras con él para luego deshacer su camino.

—Tengo como costumbre el compartir el almuerzo del día con quienes llegan nuevos a este lugar —informó Gonzalo— y, como me acaban de indicar, todo está preparado, así que podemos pasar. Sigán a Prado y a Mejía —indicó señalando a los guardias.

Antes de iniciar la marcha, Miguel notó que en el ambiente flotaba la misma pregunta que él se hacía. ¿Compartir el almuerzo?

## Capítulo 2

— ¿Es en serio, Ramón?

—Ya te lo dije, es un hijo de puta.

Girando a la derecha, tomaron un improvisado caminito que desbocaba en un puente bajo de madera, el cual conducía a un pequeño quiosco flotante en medio de un tranquilo lago.

Ubicada y dispuesta en el centro, encontraron una mesa larga cubierta por un mantel impecablemente blanco. Alrededor, formando un círculo, diez guardias vigilaban.

Miguel, a simple vista, cayó en cuenta de que la cantidad de asientos vacíos superaba en número a la de los convictos.

— Para quiénes son —le preguntó a Ramón señalando los puestos libres.

—Para el hijo de puta, su familia, y algunos trabajadores de la cárcel.

Miguel volvió a extrañarse.

— ¿Y el director expone a su familia a esto?

— ¿A qué te refieres?

— ¡Pues a esto! A comer en la misma mesa con estos hombres, ninguno sabe a ciencia cierta qué hicieron para estar aquí.

—Por todo lado hay guardias —respondió Ramón explicando la razón más lógica para él.

—De igual forma, hasta yo me siento nervioso.

—Ni si te ocurra volver a decir eso, muchacho, mucho menos demostrarlo. Y si el hijo de puta expone a su familia a esto, es por eso, porque te quiere mostrar quién manda aquí, cuánto dinero tiene, y cuán perfecta es su familia. ¡Es un maldito enfermo!

Los presos poco a poco iban entablando conversación entre ellos; algunos hablaban sobre sus vidas, otros contaban acerca de cómo habían dado a parar allí y otros, como Miguel y Ramón, simplemente hacían presencia. Por eso fueron los únicos en no sorprenderse con la orden a manera de grito de “guarden armas” dada por el capitán recién llegado.

Pocos segundos después reapareció Gonzalo, acompañado de un séquito de personas. Se detuvieron en la entrada y el director tomó la palabra.

—Antes de servir, les quiero presentar a algunos trabajadores del lugar —informó alzando un poco la voz—, primero, al Capitán Teo, a quien acaban de conocer —dijo señalando al menudo hombre.

—Nunca te dejes ver por él sin hacer nada, si lo hace, te pone a correr por el sólo hecho de no verte descansando —le recomendó Ramón a Miguel.

El hombre los saludó con gesto militar para acto seguido tomar asiento, quedando de esta forma contiguo a Miguel. Sus dedos eran gruesos como gruesas sus arrugas y sus manos ásperas como los gestos de su rostro.

—La enfermera, María —anunció Gonzalo.

Una señora morena, de unos cincuenta y casi sesenta años, de caderas anchas y busto enorme les regaló una sonrisa a todos antes de tomar su lugar junto al capitán.

—Es un amor de persona, a veces simplemente te auto flagelas para ir a pasar una tarde donde ella —le contó Ramón a Miguel haciéndole reír por lo absurdo.

—Oye, pero si sabes reír.

Ubicada María, Gonzalo prosiguió.

—Quién viene a continuación, es el bibliotecario, Carlos Rodríguez.

Era un señor de carnes desgastadas, de dientes grandes y vestido con ropas dos tallas más grandes.

—El Ratón Rodríguez, conoce a profundidad cada uno de los libros de la biblioteca y, además, los ha leído todos —le comentó Ramón a Miguel mientras Carlos se dirigía al puesto vacío ubicado frente a él.

— ¿Conocerlos no es lo mismo que haberlos leído?

—No. Él conoce el contexto, quién lo escribió, en qué año se publicó, qué editorial. No es lo mismo leer un libro que conocerlo.

— ¿Y por qué una biblioteca en una cárcel?

—Para que los hombres corrompidos llegados aquí, se eduquen —le

respondió Ramón imitando al director.

El Ratón tomó asiento mientras Gonzalo anunciaba la siguiente invitada.

—Nuestra Ama de Llaves, Rosa.

Era baja, de cabello trenzado y tan blanco como la nieve sucia.

—Buenas tardes jovencitos —los saludó con una voz amplia. Era la primera en dirigirles la palabra y tomó puesto al lado de María.

—Por último, antes de pasar a mi familia, les presento a Francisca, la segunda al mando después de Rosa.

La chica a la cual Gonzalo se refería se sonrojó.

Delgada, de sonrisa bonita y cara tierna, no tenía aspecto de empleada doméstica. Vestía un traje amarillo estampado con flores. Como se debía suponer, tomó su puesto al lado de Rosa.

Cuatro mujeres quienes habían estado hablando entre sí al margen de todo el protocolo anterior se acercaron más a Gonzalo al notar que era su turno; dos de ellas se parecían y las otras dos eran iguales, diferenciadas la una de la otra por la edad.

—Les presento a mi esposa, Victoria.

El capitán Teo comenzó a aplaudir, le siguió Ramón y después los demás.

—Si quieres caerles bien, síguele la corriente a éste —le aconsejó a Miguel refiriéndose al capitán.

El recorrido de Victoria hasta la mesa estuvo seguido de los aplausos. Vestía un traje negro estampado de círculos blancos, un cinturón grueso y rojo y llevaba consigo sus cuarenta años bien puestos. Su lugar era próximo al de Gonzalo, a quien le reservaba el puesto de la punta.

—Mi hija mayor, Graciela —continuó el director acallando los aplausos.

Su único atuendo era un camisón azul y unos pantalones blancos. El cabello negro y largo lo llevaba suelto. Sus ojos grises miraban con precaución, como si conociese a cada uno de los presentes.

El capitán volvió a aplaudir y todos le imitaron nuevamente.

—Esa tía es una diosa —le comentó Ramón a Miguel aprovechando el alboroto—, veinte años, soltera, maneja, usa pantalón, fuma, y toma

como si el alcohol se fuese a terminar mañana.

Graciela se situó enseguida de su madre y, al hacerlo, Miguel notó miradas cómplices entre ella y Ramón.

—Mi segunda hija, Esmeralda.

Parecida a su hermana mayor, tenía un vestido púrpura hasta las rodillas, por único adorno, un collar de perlas blanco.

—Mi tercera hija, Emilia.

Miguel no había reparado en ella hasta ese momento y, le pareció que, por tres segundos, el mundo se transformó en un lugar colorido, convirtiéndose así en un lugar más vivo. Emilia era la versión de Victoria con veinticuatro años menos. Su cara dulce y adornada por algunas pecas. Vestía un traje sencillo, ceñido y oscuro. Al sentarse junto a su hermana Esmeralda, separada por un puesto del de Ratón, su mirada cristalina se cruzó con la de Miguel.

Esa mirada duró un par de segundos, pero a él se le asemejó a su vida entera. En ese momento, sin entender por qué, un solo deseo lo invadió, el de ver de esos ojos cada noche antes de dormir.

De la nada y de improviso, apareció una cuarta chica. Era la menor de todas y llegaba casi al trote.

No se parecía ni a sus hermanas ni a sus padres.

—Mi hija menor, Rudy —terminó Gonzalo.

## Capítulo 3

El almuerzo fue servido por Clara y Caridad, dos de las diez cocineras de la penitenciaría, junto con Abelardo, el mayordomo de cabello platinado y traje oscuro, ayudados estos por Francisca y Rosa quienes se encargaban de atender a la familia.

Gonzalo aprovechaba una que otra ocasión para volver a dar sus discursos sobre rectitud, ganarse las cosas con honestidad, mucho trabajo, y hasta dejó espacio para un brindis.

Durante los cuarenta y cinco minutos de almuerzo, Miguel no pudo evitar dejar de mirar a Emilia, sin caer en cuenta de ello hasta que Ramón le dio un codazo y le dijo que disimulara un poco, que los padres de ella de todo se daban cuenta.

Terminado el almuerzo y levantada la mesa, el director, acompañado por varios guardias (entre ellos Prado y Mejía) condujeron a los presos hacia los terrenos para que los conociesen e indicarles un poco sobre las distintas labores allí realizadas.

Al oeste se extendía un inmenso valle, al sur se encontraba el bosque del cual se obtenía la leña y, bajando hacia al este, el río y los sembrados.

Como el agua era un lujo reservado para las casas de la ciudad (un lujo el cual, por influencias, la casa del director poseía sin límites, pero la cárcel no, pues allí sólo eran abastecidos cocina y baños) actividades como lavar lo cosechado y los uniformes se realizaban en el río.

Hasta el bosque no fueron, pues había un tramo bastante largo por caminar, así pues, se dirigieron directamente a los terrenos de siembra.

Al emprender la marcha, Ramón maldijo por lo bajo.

— ¿Qué? —inquirió Miguel.

—Pensé que iríamos donde el señor Robertson, pero bueno.

— ¿Quién es?

—El de la Ferretería.

—Otro apodo.

—Sí. Ya lo conocerás.

En los sembrados conocieron a la señora Matilda, una humilde anciana quien vivía en una pequeña casa donde eran guardadas las herramientas para labrar el campo. La casa estaba cubierta de enredaderas reptantes y serpenteantes por todos lados, musgo cubriendo las paredes y el techo como si de la misma naturaleza hubiese surgido aquella estructura.

— ¿Y qué sabes de ella? —le preguntó Miguel después de la respectiva presentación por parte de Gonzalo.

—Nada, nunca he trabajado en este sector.

Matilda los guio entre los senderos abiertos. Caminaba descalza porque le encantaba sentir la tierra, adoraba tener bajo sus pies, según ella, aquella conexión con el alma misma de la naturaleza.

—El ser humano no hace más que alejarse de sí mismo y de lo que lo rodea —sentenció. Parecía hablar con todos y con ella sola al mismo tiempo—, se calzaron, pusieron asfalto, lo rural y lo urbano no pueden convivir, vaya a la ciudad a ver si uno de esos niños mal criados sabe sembrar o cuidar una planta. Por eso nunca decidí irme desde que los Fernández se marcharon.

Y terminando de hablar, entonó una melodía que sólo ella conocía.

— ¿Los Fernández? —le preguntó Miguel a Ramón.

—Eran los antiguos dueños de todo esto, sus hijos varones murieron en la guerra del cambio de siglo y, quienes quedaron aquí, decidieron marcharse. Desde ese entonces el hijo de puta compró todo.

Por último, fueron llevados al caudaloso río, expedición que no acompañó el director pues, Abelardo, saliéndoles a medio camino e informándole algo, se lo llevó con él.

## Capítulo 4

Terminada la jornada, casi al atardecer, fueron llevados a sus celdas, o “Huecos”, como se refirió a ellos Ramón. Por suerte, para ambos, les tocaría compartir la misma celda.

Miguel se creyó desfallecer al ver ese espacio de cuatro por cuatro, adornado solamente por un camarote, un armario, y una pequeña ventana abarrotada próxima al techo. Poco después de instalarse, las luces se apagaron.

— ¿Qué te pareció? —le preguntó Ramón a Miguel desde su cama.

—Bien, está bien —le respondió.

El único sonido proveniente del exterior era el de los animales nocturnos. Fue en ese preciso momento cuando Miguel cayó en la cuenta de encontrarse, literalmente, en mitad de la nada.

— ¿Cuándo nos dividen en los Sectores de trabajo? —preguntó, tratando de alejar aquellos pensamientos.

—El lunes.

Silencio.

—Ramón.

Él le contestó con un leve sonido.

— ¿Cómo sabes tanto de ellos?

—De quiénes.

—Del director, su familia, los empleados.

—Porque tuve el honor de trabajar en su casa.

Miguel entendió que ese “honor” contenía todo el sarcasmo del que fuese capaz Ramón de inyectar en una frase.

— ¿Y cómo se gana ese honor?

—Mañana te cuento, ahora, déjame dormir.

Dos minutos después, Ramón roncaba.

Para esperar el sueño, Miguel contempló el pedacito de cielo a través de los barrotes. Cómo era posible que de aquel infinito firmamento sólo pudiera apreciar ese pequeño rectángulo. Por qué la vida era tan hija de puta y lo había encerrado allí. Por qué se aceptaban tales injusticias. ¡Era inocente maldita sea! No lloró porque no lo hacía desde los seis años, pero sintió un gran vacío en el pecho hundiéndolo en la cama. Con ese dolor fue quedándose dormido. Faltando pocos segundos para ser vencido por sus parpados, el cielo se despejó. En él pudo ver dos estrellas. Eran los ojos de Emilia.

## Capítulo 5

El sábado amaneció frío, acompañado de una leve neblina acobijando la penitenciaría y sus terrenos. Aquel era el clima común de la época, aunque, en la Región de Aldunares, nunca se sabía a ciencia cierta, pues un día podía ser sofocante bajo el sol más despiadado y, al día siguiente, el cielo se caía en lluvia.

Para Miguel fue una madrugada acogedora y con un sueño tranquilo que sólo se vio interrumpido por Ramón, quien le despertó mientras llamaba a uno de los ronderos para que le abriese para irse a bañar.

—Es mejor que te vayas levantando, muchacho, hay que trabajar —le dijo al regreso.

—Pero me dijiste que hasta el lunes no nos dividían por Sectores —alegó sentándose en su cama.

—Sí, pero eso no quiere decir que hoy no haya labores, y si quieres bañarte cómodamente, si es que esa palabra en este Agujero tiene algún significado, es mejor que vayas a por ello.

Obedeciendo, Miguel se levantó de la cama como si los pocos años de su vida fueran demasiados y cada uno le pesara. Del armario tomó sus implementos de aseo; una crema dental y un jabón suficiente para un mes, un cepillo de dientes para un par de meses y una toalla por lavar cada semana.

Los baños se ubicaban al fondo de los dos corredores principales del tercer piso donde se extendían las celdas. Al entrar, y atravesando dos puertas inmensas de hierro, entendió por qué Ramón le insistió que fuera rápido.

El recinto no era más que una gran cámara de baldosas pulcras. A un lado los baños, al otro, las duchas sin divisiones ni privacidad alguna.

Al volver a la celda sonó una sirena rompiendo el frío silencio.

— ¿Todos los días nos van a despertar con eso? —le reclamó Miguel a Ramón como si él tuviera la culpa.

—Todos los putos días. Ahora, termínate de arreglar para ir a desayunar.

El Comedor era la estancia más sencilla de toda la cárcel conformada por cinco mesas largas y un mostrador donde los platos eran abastecidos por cuatro inmensos hombres morenos. Detrás de éste, se alcanzaba a divisar algo de la cocina.

El desayuno constó de huevos revueltos, pan y chocolate.

—Pensaba que la comida de las cárceles no tenía buen sabor —le comentó Miguel a Ramón después de dar los primeros bocados.

—Y es cierto, pero el hijo de puta sabe que si no alimenta bien a sus reos no le trabajarán igual, así que consume para que produzcas.

El clima parecía plasmarse en cada uno de los presos; cabizbajos y con sueño, a ninguno de ellos le apetecía salir a enfrentarse a la mañana.

Conforme iban terminando, el Comedor iba quedando vacío y las filas en patio se iban formando. Ramón le explicó a Miguel, mientras se ubicaban, que en éstas los convictos se dividían conforme a su Sector.

— ¡Buenos días! —gritó el capitán Teo de pie frente a ellos—. Como ya saben, la temporada próxima no es de las mejores, y como ven, el día no está muy amigable —su voz retumbaba a manera de redoblante por todo el patio— ¡Pero eso no es excusa para no trabajar! O me equivoco, señor Gerardo Alberto Pichot Mera.

El grito del nombre había terminado de acallar los murmullos.

—Cuenta la leyenda que se sabe el nombre de todos los presos con apellido incluido —le comentó Ramón a Miguel por lo bajo—, y eso que ese llegó con nosotros.

Miguel, incrédulo, le detalló. Ramón tenía razón, era uno de los nuevos.

—Y por qué le gritó así —quiso saber él.

—Señor Alberto Gerardo, ¡treinta vueltas al patio ahora mismo! —le ordenó el capitán Teo.

—Porque estaba bostezando, treinta vueltas al patio es la penitencia para quien bosteza sin taparse la boca, pues eso demuestra pereza señor Miguel....

—Estrada.

— ¡Señor Miguel Estrada!

El capitán Teo, quien se había acercado al preso para darle la orden gritándole a la cara, volvió rápidamente a su puesto en mitad de la formación.

—Como ya les dije, el invierno se acerca, y necesitaremos mucha madera para abastecer las chimeneas de la ciudad, por ello, el nuevo grupo de presos se irá a trabajar al bosque hasta nueva orden. ¡Tienen permiso para partir!

## Capítulo 6

Antes de poder encontrar la fila de su sector, ambos escucharon un llamado.

— ¡Ramón! ¡eres tú Ramón!

Era un hombre bajo, gordo y de caminar diferente.

—Pero si no te había reconocido —dijo al llegar junto a ellos—, y mira que con esa estatura y no te vi llegar ayer.

—Pata Coja, mi viejo amigo —lo saludó Ramón dándole un apretón de manos y un abrazo.

— ¡Dos años Ramón, dos años que no venías por aquí! Pensábamos que nos habías olvidado.

Aquel señor de mediana edad parecía un niño de esos quienes, en sus ojos, aún guarda inocencia. Miguel no entendía cómo una persona con esa apariencia podría encontrarse en un lugar como éste. Tal vez fuera otra injusticia.

—No, Pata Coja, no me olvidé de vosotros, sabéis muy bien lo difícil de llegar hasta acá sin meter la pata, eso hice, y acá estoy, pero cuéntame, ¿Cómo están los demás?

—Bien Ramón —dijo sonriendo—, aunque dos ya se nos fueron —le contó algo acongojado y agachando la cabeza.

Alguien de su Sector le llamó con un grito.

—Pero hablamos en el almuerzo con más tranquilidad Ramón, ya nos están dejando.

Tomando contraria dirección a la de él, Miguel y Ramón retomaron la marcha detrás de sus compañeros. Atravesaron el patio hasta llegar a unas pesadas puertas de hierro eléctricas y continuaron por un camino entre el agreste césped, pateando piedras atravesadas en el camino.

— ¿Por qué nadie trata de escapar, Ramón? —le preguntó de improviso Miguel a mitad del recorrido.

— ¿Acaso no ves los guardias armados que vienen con nosotros? Mira, allí no más están Prado y Mejía, te los presento.

—Sí, pero ellos son menos.

—Pero están armados.

—Pero son menos.

Ramón, agachándose, arrancó un tallo del suelo y se lo llevó a la boca.

—Entonces sal corriendo, te matan, y todos aprovechamos el alboroto para escapar.

— ¿Y por qué yo?

— ¿Y por qué otro? —le refutó—. Además, cada guardia tiene asignado al menos cinco presos, así que fácilmente, por mucho jaleo desatado, perfectamente nos pueden matar a todos.

Conforme avanzaban, el pasaje se tornaba empinado. Debían llegar a unas bajas colinas y volverlas a descender para encontrar la entrada al bosque.

—Pero sabéis qué, muchacho, me habéis puesto a pensar —le dijo de pronto Ramón algo agitado—, en realidad no corren por miedo a ser fusilados, pues muchos ya saben que de este Agujero no van a salir vivos —Tomó una pausa para respirar profundo —, nadie corre porque ya les jodieron la mente. Hace ya mucho tiempo dejaron de ser presos de cuerpo para convertirse en presos de mente.

## Capítulo 7

En el lindero del bosque hallaron una casa de madera de igual tamaño a la de la señora Matilda, de la puerta delantera abierta se despedía un espeso humo.

Prado y Mejía se dirigieron al lugar dejando a los convictos con los demás guardias.

— ¡Señoritos! ¡A formar! —gritó uno de ellos dando grandes zancadas para tomar la cabecera de la procesión. Era inmenso a más no poder, le faltaban dos dientes, y un grano adornaba su mejilla derecha.

—Los nuevos formen con los demás —ordenó—. No hay tiempo para explicarles cómo se trabaja, aprenderán en la marcha.

Frente a él, los presos se acomodaron en dos filas.

—Capitán Vega, se esconde detrás de su grano y de las piernas del capitán Teo —le comentó Ramón a Miguel quedando de últimos en su fila.

—Trabajarán rápido y sin en el descanso acostumbrado —informó de manera general el capitán Vega—, irán a la casa por las herramientas, cada uno tomará un hacha, una pica, una pala y un lazo. Los nuevos en el tema pueden preguntarle a los demás, ¡Pero rápido!

Las filas recorrieron el corto tramo y, al entrar a la casa de madera, todos los hombres sollozaron al absorber el humo.

La estancia era oscura. Por toda iluminación, dos pobres lámparas alumbraban desde el techo. En contraste con las lámparas, todo el lugar estaba abarrotado de herramientas de trabajo.

—La Ferretería, supongo —observó Miguel.

—Sí, muchacho, la Ferretería del señor Robertson y mira, te presento a mi flaca —le dijo Ramón a Miguel tomando un hacha que colgaba cerca del suelo. El palo se veía muy gastado y lucía sin filo.

—No te dejéis llevar por las apariencias —le espetó Ramón al ver la expresión de burla en Miguel.

Terminada la selección de herramientas asignada, pasaron a un cuarto más pequeño y vacío. Constaba de una cama, una mesa con dos asientos en la cual había un viejo sentado como si fuera parte del amueblado y una

chimenea cercana a una improvisada cocina.

—Buenos días señor Robertson —le saludaban los presos de pasada hacia el bosque.

El señor Robertson era un viejo de cabello blanco y ojos tristes.

—Buenos días señor Robertson —repitió Ramón colocando sus implementos sobre la mesa.

El anciano, quien hasta el momento había respondido automáticamente sin mirar a nadie, de pronto alzó la vista.

## Capítulo 8

—Ramón —saludó el anciano y, si recordase lo que era una sonrisa, tal vez le hubiese regalado una.

Sus ropas, aunque viejas, se encontraban bien cuidadas. Levantándose se acercó a él y tomó una de sus manos entre las suyas—. ¿Cómo has estado?

—Muy bien señor Robertson, muchas gracias.

—Hacía mucho no te veía.

—Dos años, señor, me lo acabaron de recordar.

—Dos años —repitió el señor Robertson palmeándole el hombro.

¿Y cómo sigues con aquello?

Miguel se sentía algo incómodo, parecía un momento muy íntimo entre grandes amigos.

—Superándolo señor, no es fácil desprenderse de algo que se te ha metido en la sangre, pero superándolo.

—Me parece bien.

—Le presento un nuevo amigo, el señor Miguel Estrada —dijo Ramón.

—Mucho gusto, señor Robertson —se presentó el muchacho con una leve inclinación de cabeza.

—Señor Estrada —respondió él—, es usted muy joven.

El señor Robertson centró toda su atención en Miguel para detallarlo un par de segundos, mirándole sin parpadear. Al terminar, habló:

—Déjeme decirle que he conocido a muchos hombres aquí y, gracias a ello, he aprendido a percibir la inocencia y a reconocer el arrepentimiento. Creo que es usted de los primeros.

—Muchas gracias, señor, así es.

—Espero que su estancia sea corta.

—Espero lo mismo, señor.

Ramón, tomando sus objetos, se despidió del señor Robertson y salió junto con Miguel por la puerta trasera, acelerando el paso para alcanzar al grupo ya aventajado.

## Capítulo 9

— No tiene un buen pasado, ¿verdad? —le preguntó Miguel a Ramón.

—No sé qué es para ti lo bueno—le respondió Ramón haciendo comillas con los dedos—. El señor Robertson alcanzó a tener demasiado dinero, era un importante hacendado en su ciudad natal con importantes negocios en este país. Enviaba trabajadores, le devolvían dinero, un negocio por aquí, una inversión por allá, hombre económicamente importante en su sociedad. Pero tenía una debilidad, como la tenemos todos en esta aguijoneante carne, ese viciecillo que nos jode desde el momento en que lo conocemos hasta el último de nuestros días. En el caso de él, el sexo. Sí, el sexo, con muchas y de muchas formas que ni te cuento porque se ve que no conoces mucho ese mundillo. Pero ese no fue el punto, el meollo es que lo acusaron de vender mujeres para actividades sexuales, eso, más la fama que tenía, hizo que en una de sus visitas acá enviaran desde su tierra una orden de arresto. Trató de ser enjuiciado en su país, pero no lo logró. Desde acá no pudo manejar sus negocios, lo robaron, lo arruinaron. Al terminar su condena, pidió trabajo aquí, pues ya no se quería ir, y tampoco es que pudiese lograr mucho si así lo hacía.

De pronto, la llovizna de la madrugada empezaba a repetirse.

— ¡Apúrense! —escucharon gritar al capitán Vega.

Al llegar, sus compañeros ya estaban manos a la obra divididos en parejas, cada una talando un tronco.

## Capítulo 10

—Si ya existen aparatos más avanzados por qué usamos hachas —quiso saber Miguel mientras veía a Ramón marcando el lugar donde comenzarían a asestar sus golpes.

—Porque te quieren cansado, muchacho; que sólo comas, trabajes, duermas y otra vez lo mismo, así no tienes tiempo para pensar.

Miguel fallaba más de lo acertado pero, poco a poco, iba adquiriendo ritmo y puntería. En cierto momento, comenzó a sentir un doloroso placer desde los hombros hasta la punta de los dedos.

—Ramón —lo llamó casi sin voz mientras él tiraba su estocada.

Entendiendo el llamado de súplica, Ramón respondió.

—Ni si te ocurra. Si ya te cansaste o hay dolor, al menos has como si trabajas, pero nada de detenerse. Ya debe faltar poco para que nos dejen tomar aire.

—Pero el capitán Vega dijo que no iban a dar descanso.

—Se refería a un descanso largo a media jornada, pero hay unos cortos para hidratarse.

Ambos siguieron trabajando juntos por un par de minutos hasta que a Miguel las manos le escocieron, los brazos le ardieron y sintió como si los hombros se le fueran a desencajar. Acumulado ese dolor físico, más el dolor de la rabia y la impotencia a sus espaldas, llegado el momento, sacó del juego a Ramón. Era solamente él contra el árbol.

—Muchacho —le llamó la atención Ramón al ver cómo descargaba toda su ira contra el árbol bailante bajo cada golpe.

—Chaval.

El sudor y el agua le resbalaban por el rostro de igual forma.

— ¡Miguel!

Un pito sonó a lo lejos marcando el tiempo de hidratación.

Todos iban abandonando sus labores, todos excepto Miguel.

Ramón, sin saber qué hacer, optó por la primera ocurrencia, miró a todos lados y, aprovechando que ningún guardia los estaba viendo, le

pateó una pierna a Miguel para detenerlo.

—Escúchame muy bien, niño —le masculló entre dientes Ramón, sujetándole por la camisa, evitando de aquella forma que cayera—, aquí te tienes que aprender a comportarte o no llegarás vivo al mes. Si vas a jugar, debes hacerlo como ellos, así que ahora, muy despacio, te terminas de sentar como un niño bueno y esperas a que esos hijos de puta traigan el agua.

## Capítulo 11

Era mediodía, así lo anunciaba el inmenso reloj ubicado en medio de los ventanales, pero el día parecía anochecer. El tintineo de los cubiertos y las charlas aburridas eran acompañadas por el azote de la lluvia y los truenos. A Miguel le costaba cada uno de sus movimientos; el camino de vuelta a la cárcel le pareció el doble de largo y, ahora, almorzando, los cubiertos le pesaban tanto como el hacha.

Miguel y Pata Coja se presentaron con una leve inclinación de cabeza y fue el segundo quien precedió la conversación.

—Y, ahora, ¿Por qué estás aquí, Ramón? —inquirió tomándose su sopa sin si quiera parpadear. No le gustaba la comida fría.

—Estuve en el lugar equivocado en el momento equivocado —le explicó Ramón revolviendo su sopa, pasaba de la comida caliente.

—Me encontraba en un bar de Ciudad Costera, ya sabes, de esos de agua amarga, hierbas convertidas en humo y mujeres que te encienden con sólo mirarte —y dirigiéndose a Miguel, le preguntó—. El Muelle Bar, ¿Lo conoces, chaval?

—Sí, sí lo he visto —respondió Miguel.

—Bueno, estaba allí pasando la noche cuando se me acercó ya te imaginarás quién.

Pata Coja alzó la mirada de su sopa, atónito.

— ¿En serio, Ramón?

—En serio, ahí estaba de nuevo, el Marinero, saliendo al ataque.

— ¿Qué te ofreció?

—Llevar unas frutas podridas en uno de sus barcos próximos a zarpar.

— ¿Y qué le respondiste? —preguntó Pata Coja abriendo los ojos como si se le fueran a estallar.

—Le respondí con un no, Pata Coja, le respondí que ya estaba dejando ese mundillo, que el barco del que él hablaba ya sabía yo con anticipación que iba para mi tierra y yo no quería volver, no así de esa forma.

— ¿Y?

—Me dejó en la barra.

—¿Sin más?

—Eso creí, pensé que quizá lo había entendido.

— ¿Y entonces?

—Olvidando el asunto me puse a tomar un poco. Ese día había tenido mucho trabajo, además, no me había alimentado bien, así que los tragos se me subieron rápido. El tiempo se me comenzó a pasar entre idas y venidas de la barra al baño y del baño a la barra, y ahí fue, en una de esas veces, mientras volvía, cuando ocurrió todo.

## Capítulo 12

—Redada —dedujo Pata Coja.

—Sí, la policía llegó de sorpresa. En ese momento no entendía muy bien lo que pasaba, el mundo entero me daba vueltas en la cabeza y, al saberme inocente, como pocas veces en la vida, no sospeché de nada. Los hijitos de puta pidieron documentos, manoseaban a uno y manoseaban a otro buscando armas o algo ilícito, pero toda la fantochada era para disimular. Llegaron a por mí y, al pedirme el saco, encontraron el polvo, el hijo de puta Marinero me lo había cargado.

— ¿Y no te diste cuenta? —preguntó Miguel, absorto ya en el relato.

—No, chaval, en la comisaria y con los tragos fuera supuse que el Marinero le pagó a alguien para que me lo cargara en un algún momento de despiste y le diera aviso para llamar a la policía.

— ¿Entonces tiene infiltrados en la policía? —volvió a inquirir Miguel.

—No hables muy fuerte porque puede tener infiltrados aquí —se burló Pata Coja—. Pero no entiendo cómo puedes estar tranquilo, Ramón.

—Porque ya estoy aquí ... y necesito algo para hundir a ese hijo de puta cuando vuelva a salir.

Ya con la sopa más fría, Ramón dio sus primeros bocados.

—Mejor cuéntame qué hay de los demás.

Pata Coja, con la frente perlada, puso el plato de la sopa a un lado para echar mano de la bandeja.

## Capítulo 13

—De camino al río me encontré con Adriano y Sebastián, iban para los sembrados, les conté que estabas aquí y, no más lo escucharon, soltaron la carcajada. Pero será esperar, pues aún no llegan —confirmó alzando un poco la mirada hacia la entrada.

— ¿Y los negros Ovidio y Domingo? —inquirió Ramón.

A Pata Coja se le desinfló el ánimo.

—El negro Ovidio no lo pudo soportar, Ramón, lloraba todas las noches por su negra. A eso agrégale el sufrimiento por su tierra. El negro Domingo trataba de darle esperanza, ya sabes cómo es ese negro, soñador de la igualdad y un alma de Dios sin rencores en su corazón. Todos los días trataba de subirle esos ánimos, igual nosotros, pero no lo pudo soportar. Al final, no trabajaba muy bien, casi no comía, y Domingo nos contó que las últimas madrugadas la pasaba despierto. Nunca supimos si el negro Ovidio se nos murió de pena o de hambre.

Pata Coja sollozaba.

—Lo enterramos en el bosque —terminó.

Ramón guardó un minuto de silencio.

— ¿Y Domingo?

—Quedó libre casi al año de haberte ido, prometió volver, aunque de buena forma, no como tú.

Hasta Miguel rió.

—El negro Domingo —comentó Ramón con nostalgia—, ¿Sabes qué me enseñó él, chaval?

Miguel negó.

—Una tarde estábamos en el patio y de pronto me dijo, Ramoncito, Ramoncito, cierra los ojos y toca mis brazos. Así hice. Ahora, sin abrir los ojos, toca los de Pata Coja. Así hice.

Miguel, medio extrañado, medio en broma, reconoció aquellas palabras.

— ¿Y sabes qué me respondió?

—Con los ojos cerrados todos somos del mismo color —le respondió.

Ramón y Pata Coja lo miraron sorprendidos.

—Cómo lo sabes —preguntaron al mismo tiempo.

—Porque me lo enseñó Dominga, una de las secretarias de la empresa para la cual trabajaba.

— ¿Dominga qué? —inquirió Pata Coja extrañado.

—Álvarez.

—Mira qué pañuelo es el mundo —apuntó Ramón sonriendo.

— ¿Crees que sea la hermana? —le preguntó Pata Coja.

—No creo que en este mundo exista otra pareja tan creativa como los padres de esos dos para ponerles Domingo y Dominga a sus mellizos —dijo Ramón.

## Capítulo 14

Pero a Adriano y a Sebastián no los verían hasta la tarde. Tomada la siesta, los convictos salieron a pasar la fría tarde en el patio y los pasillos, ya fuese charlando, liando cigarros o jugando a las cartas. Cuando el Sector Sembrados por fin llegó y, terminadas las respectivas presentaciones, Ramón le contó a Miguel sobre ambos. Adriano estaba preso por haber participado en el robo de un tren y Sebastián por haber estafado un banco.

—Mire usted, me metieron preso por robar un banco usando sólo mi astucia, un poco de descaró y un contrato tan largo como la Biblia, así, igualito como roban ellos, pero con algo más de ingenio, y así es la vida, yo estoy aquí, y ellos allá siguen robando, robando legalmente —era su discurso cuando conocía a alguien.

## Capítulo 15

La segunda mañana amaneció con la misma rutina...

— ¡Pero si es domingo! —protestó Miguel sentado en el borde de la cama.

— ¿Y qué se hace los domingos en la mañana? —le preguntó Ramón terminándose de vestir.

— ¿Ir a la iglesia?

—Le diste en el punto.

— ¿¡Vamos a ir hasta Pueblo Nuevo!?

—No, nosotros no vamos, el pastor viene hasta acá, de hecho, llega desde el sábado en la noche.

El salón donde se impartía el sermón era casi tan amplio como el Comedor, encontrándose justo enfrente de este y adornado siempre para la ocasión. La primera fila era destinada para el director y su familia, los trabajadores de Casa Grande y el capitán Teo si se encontraba de turno. La segunda y tercera fila para los guardias, dejando el restante para los convictos.

A Miguel le dio un vuelco el corazón cuando, al entrar, vio a la familia del director de espaldas. Sin demorarse dos segundos reconoció entre ellos a Emilia.

Después de los cánticos y las alabanzas acompañados por una pequeña banda de músicos asistentes del pastor, se dio por comenzada la predica.

—Y después de esto, queridos hermanos, leemos —el pastor carraspeó para leer con solemnidad—. Y lo hizo subir en su segundo carro, y pregonaron de él, ¡Doblad la rodilla! —gritó—, y lo puso sobre toda la tierra de Egipto. ¿Amén, hermanos? —inquirió con una gran sonrisa.

— ¡Amén! —respondió el público.

## Capítulo 16

El Pastor Casas había llegado a Pueblo Nuevo unos dos años atrás como misionero, enamorándose del lugar y cayendo tan en gracia a los feligreses, decidió quedarse. Pocos meses después de ello, el director fue a su iglesia y le pidió llevar el mensaje de la Palabra a las ovejas descarriadas de la prisión. Él, solícitamente, aceptó.

Por su manera de predicar apasionada, de vez en cuando uno que otro se sobresaltaba con sus gritos proferidos, táctica usada para despertar a los presentes adormilados. Caminaba de aquí para allá con la Biblia paseándola de una mano a otra, se acercaba a los presos, se les paraba a los lados, los sacudía de los hombros, a veces hasta los levantaba del puesto para usarlos como actores de la historia narrada. Se bajaba las gafas hasta la ancha punta de su nariz y se quedaba mirando a los ojos de cualquiera, entregándole alguna sentencia acorde a lo predicado.

— ¡No importa qué hayas hecho, hermano! No importa cómo veas tu situación. Déjame decirte algo, José fue vendido por sus propios hermanos, luego, acusado infamemente, terminó en la cárcel, pero al final salió victorioso. Así que ten fe, guarda la esperanza, hermano mío y, por último, ¡Quiero oír ese fuerte amén!

## Capítulo 17

La celebración terminó entre un par de salmos entonados. A mitad de éstos, la familia del director, sus empleados y el capitán Teo se retiraron. Sin disimular, Miguel se quedó mirando a Emilia hasta que ella le devolvió la mirada al pasar por su lado. Otra vez el mundo se detuvo, nuevamente eran los dos.

—Al menos este tío trata de armonizarte la vida, chaval, el último que vi aquí predicaba acerca de las prisiones eternas del abismo, salías con ganas de arrepentirte de todo y pegarte un tiro —le comentó Ramón a Miguel de camino a la salida.

— ¡Alto! —gritó de pronto Mejía desde algún lugar del recinto y, como por arte de magia todos se detuvieron. Todos excepto los nuevos, quienes aún no estaban condicionados.

— ¡El Capitán Teo los manda a citar inmediatamente en el patio!  
—informó.

Nuevamente, igual que el día anterior, se organizaron cuatro filas con el capitán Teo a la cabeza.

—Como sabrán, esta semana se cumple el centenario de independencia de nuestro país —informó sopesando cómo recibían la información los convictos.

—Sobra decir que en todos los pueblos y ciudades se realizarán fiestas en honor de tan magna celebración, por cuya razón, la sociedad de allá afuera necesita de ustedes, de su apoyo, y así, puedan resarcir un poco el daño causado. Por eso, todos ustedes, incluyendo los nuevos, serán enviados desde el miércoles mismo a Pueblo Nuevo a cumplir con las tareas encomendadas desde la alcaldía.

## Capítulo 18